



Las casas de **siempre**

Nicole Ooms¹ | CEPHCIS-UNAM

Palabras clave | HASHTAGS:

#TiempoLineal **#TiempoVivido** **#Espacio**,
#ContinuidadIcónica **#Curaduría**.

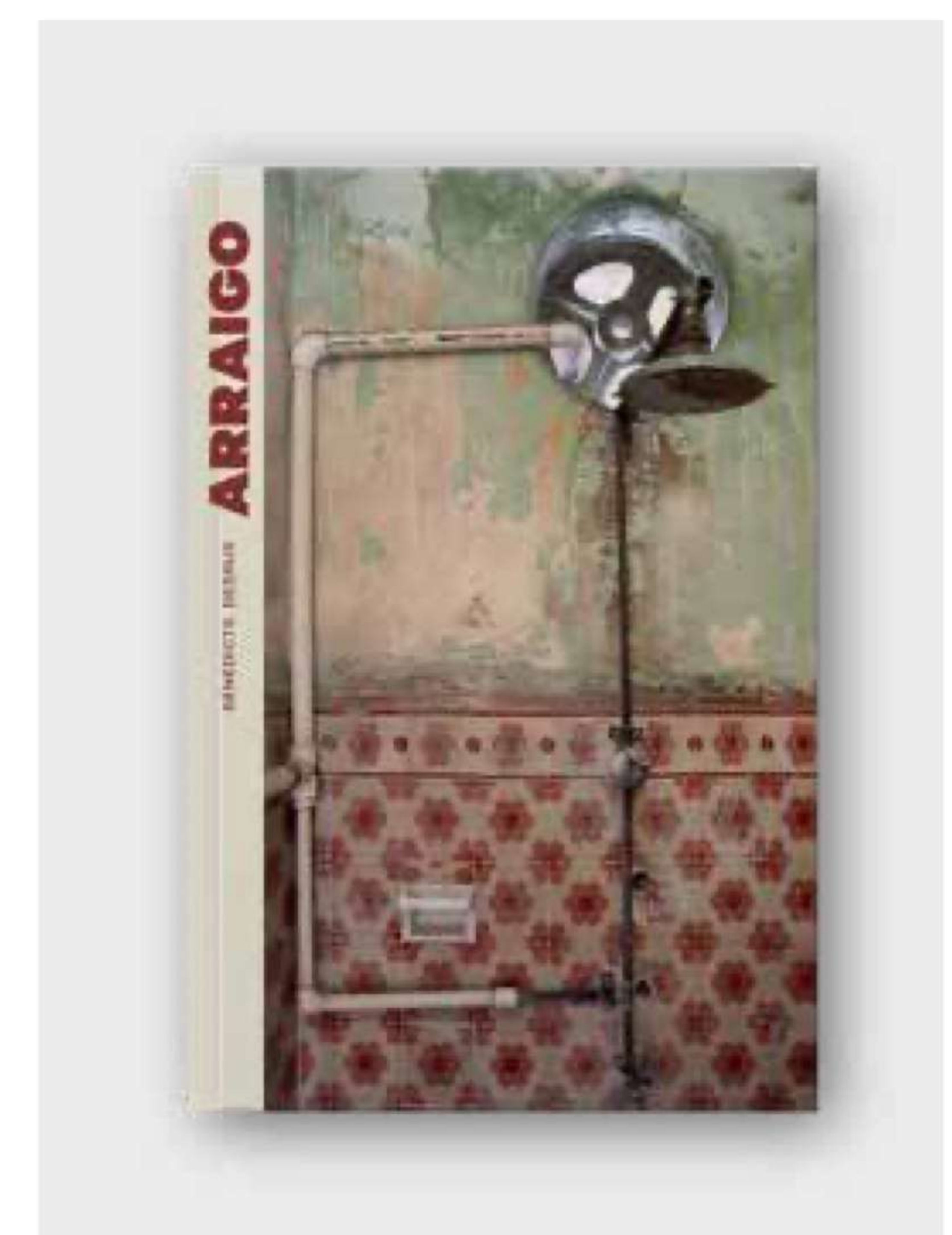
Jesús Santiago, plomero de profesión, acaba de darme el presupuesto para el cambio de tubería de dos de mis regaderas y está por salir, cuando divisa la portada del libro *ARRAIGO* iluminada por la luz solar filtrada por la ventana. Aprovecho la oportunidad para mostrársela y preguntarle:

-¿Qué tenemos aquí, don Jesús?

Ajusta su mirada profesional a lo que tiene bajo los ojos y me contesta sin vacilación:

-¡CPVC, cobre, restos de galvanizado! Se ve que la regadera de antes era de galvanizado y solamente quedaron pedacitos empotrados. Pero ese galvanizado, doña Nicole, es menos antiguo que el que le acabo de mostrar ahí atrás.

¹ La autora agradece las correcciones de estilo de una de las editoras.



Una quinta inmensa con frutales, hoy desaparecida y sustituida por casas pequeñas; patios con árboles que se han vendido para construir

O sea que la regadera de nuestra portada tiene una historia y parte de ella es visible a la luz del día. Así las sucesivas capas de pintura que, por su cambio de color, denotan superposición progresiva. Es también el caso de algunas fachadas que aparecen en el libro y donde se ve que hubo un antes y un después en la estructura de las puertas y de las ventanas. Y los testimonios verbales que recogió Bénédicte en este libro nos dan preciosas indicaciones con respecto a los cambios que tuvieron lugar en los espacios fuera de las casas a los que tenían acceso sus habitantes en el pasado: una quinta inmensa con frutales, hoy desaparecida y sustituida por casas pequeñas; patios con árboles que se han vendido para construir; albarradas hoy desaparecidas y que permitían pasar de un patio a otro, correr entre plantas y animales e intercambiar frutas hierbas y verduras; ferias en los parques, que ya no se dan; sentadas en las mecedoras para tomar el fresco y conversar con los vecinos, que cada vez suceden menos; puertas antaño abiertas y que ahora se cierran con rejas; casas antes habitadas por vecinos frecuentados y ahora abandonadas o bien ocupadas por desconocidos. En fin, muchos ejemplos que nos hablan de una concepción lineal del tiempo, donde hay claramente un antes y un después, un presente y un pasado en etapas consecutivas, sin vuelta atrás.

Regresemos al pedazo de regadera fotografiado por Bénédicte. Ella no es la única persona que fungió como actriz para la fabricación de esta imagen. Tampoco lo es la luz del día ni su ciencia, ni su cámara. También está o están la(s) persona(s) que la dejaron entrar. De la peculiaridad de la luz del día que entra en estas casas antiguas habría mucho que decir; y junto con un fotógrafo, vendría bien un arquitecto que hable de la estructura de estas moradas, concebidas para resistir a los asaltos de la luz solar y a la aleación de calor y de humedad que impera en esta península. Quienes viven en casas antiguas de techos altos, con “aire con condición...de abrir y cerrar puertas” (como lo dice con humor una de las mujeres entrevistadas por Bénédicte), esto es, con ventiladores ya sea de pie o de techo, con paredes gruesas hechas de mampostería, con altas y delgadas aperturas que combinan las virtudes de una puerta con las de una ventana, quienes viven ahí decía, suelen seguir los movimientos de la luz solar para llevar a cabo distintas actividades. A ciertas horas, no es posible leer en el comedor, pero sí en la sala, o viceversa. El costo prohibitivo de la energía eléctrica no anima a prender las luces sino hasta tarde, de modo que la luz del sol es la que orchestra varios de los movimientos. La mampostería, como se sabe, transmite una humedad tan agradable que los perros se pegan el vientre a las paredes para refrescarse, pero también sabemos que esa clase de paredes necesita respirar y que, cuando se satura de humedad, se deteriora a lo largo del tiempo y requiere cuidados. Al no tenerlos, o bien, al tenerlos a medias, se abren e inclusive se deshacen. De ahí las huellas visibles de deterioro en varias de las imágenes que nos presenta *ARRA/GO*. De ahí la velocidad con la cual se destruye una de esas casas antiguas cuando se cierra y nadie la vive ya, de ahí el alivio expresado por algunos de los interlocutores de Bénédicte cuando ven las casas abandonadas de la vecindad reabrirse y transformarse así sea a manos de americanos, de canadienses o de franceses que las van a transformar radicalmente: al menos estos seres vivos han vuelto a respirar. No hay aquí espacio para desarrollar el tema de ese tipo de casa como ser vivo pero valga esta hermosa cita para dejar el tema y para pasar a lo nuestro: “Fui muy feliz y sigo siendo muy feliz en esta casa. La casa está muy pegada a mí por todas mis vivencias y recuerdos”.² Otra cita hermosa nos invitaría a meditar sobre los desperfectos de una mampostería poco cuidada o medio resanada ya que hay quien los sabe apreciar. “Como yo viví en esta casa desde niño, ver eso, esas imperfecciones que hay en las paredes, en los techos que se van cayendo y que son una condición propia de la mampostería de la época, en todas esas imperfecciones encuentro un goce estético”.

² Citado en Desrus, Bénédicte. *ARRA/GO*. Primera edición. Impreso en México. 2025. A partir de aquí todas las citas entrecomilladas se sacaron de este libro que no tiene paginación ni ISBN.



Retrato de Rafaela Abigail de Lourdes, 75 años.
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro ARRAIGO

Bénédicte Desrus tocó puertas, habló, se ganó la confianza de las personas que la dejaron pasar. No fue invitada en primera instancia. Al ver y volver a ver este libro, y al tratar de descifrarlo, primero me acordé que al llegar a México (CDMX) al principio de los años 80 y al entrar a la casa de alguien solía yo escuchar una fórmula de bienvenida que rezaba “¡Pásele, ésta es SU casa!”. Me extrañaba escuchar esto y al principio me era imposible evitar del todo mirar a esta casa como si me la fueran a ofrecer de verdad, esto es sin preguntarme si me gustaría que fuera mía. Desde luego que no me ponía a recorrerla para ver si de veras me gustaría vivir ahí pero me parecía una manera muy fuerte de acoger a alguien casi desconocido. Esta fórmula la he escuchado poco en Yucatán, aunque si estoy en un taxi y le indico dónde está mi casa y pronuncio estas palabras, la gente me lo agradece. Al recordar todo ello, junto con el hecho de que había notado lo especial que son los yucatecos con respecto al

espacio privado (había notado por ejemplo que si estamos invitados es más fácil que sea para sentarnos en el patio que en la mesa del comedor, que esta mesa parece ser reservada a gente más íntima cuando no a familiares; también había notado que en las artes culinarias, muchos platos están muy ordenados por colores y por paquetitos bien repartidos por todo el plato, esto es una noción selectiva de ocupación del espacio). Pero entonces si se nos dice que en dos años Bénédicte caminó el centro de la ciudad sembró y cosechó este hermoso libro, ¿cómo fue en primer lugar posible su presencia en baños y en otras partes aún más privadas de estas casas yucatecas como las recámaras donde se le dio la libertad de fotografiar a las personas unas de ellas en calzoncillos donde ella quisiera hacerlo y posteriormente de editar y publicar las fotos que ella decidiera editar sin consultarlos -ya que habían firmado un voto de confianza-? Antes de dar cuenta de mi asombro ante esta hospitalidad poco común, quiero aclarar que no se trata de hurgar en el trabajo profesional de nuestra colega ni de poner en duda el sano juicio de mis vecinos. Ignoro qué clase de retórica pudo haber convencido a estas personas. No digamos de abrir sus casas, sino de abrirlas de par en par como si a ella sí le hubieran dicho ésta es TU casa de verdad, recórrela como te plazca. Que yo sepa, y lo digo contenta de tener amigos yucatecos, no es fácil verse invitada a un hogar yucateco especialmente si esto implica tener libre acceso hasta las recámaras, las mesas de las cocinas y los baños. Si Bénédicte los convenció debe de haber sido por una razón poderosa que les infundió una motivación personal fuerte para hacerlo. Y me parece imposible reducir ambas actitudes a algo subjetivo.



“Me voy porque me siento invadido, perdimos la tranquilidad. Lo peor que me podría pasar es que quien compre la casa modifique los pisos”. Quien se expresa así se preocupa por lo que se pueda hacer con sus pisos aun después de que la casa deje de ser su casa, como si sus pisos fueran la propia piel de sus pies.

Entonces supuse lo siguiente: Bénédicte habló con ellos y les convenció de la importancia de la obra que proyectaba hacer. Y ellos le otorgaron una confianza inaudita porque vieron en ella a una profesional que les ofrecía la oportunidad de hacer un retrato (regresaremos al concepto de retrato más adelante) de algo con lo cual se identificaban, a saber su casa. No sé si en este punto se tenga que identificar dueño o dueña y casa, y decir “soy mi casa” pero sí me parece que cierto concepto de identidad está en juego aquí y que este concepto es más fuerte que si se tratase del dueño como simple individuo. Así un testimonio que recoge Béné abre la posibilidad de que haya plena identificación entre el dueño y su casa: “Me voy porque me siento invadido, perdimos la tranquilidad. Lo peor que me podría pasar es que quien compre la casa modifique los pisos”. Quien se expresa así se preocupa por lo que se pueda hacer con sus pisos aun después de que la casa deje de ser su casa, como si sus pisos fueran la propia piel de sus pies.

En los testimonios además, quienes hablan de su juventud evidencian que nunca han estado solos en sus casas. Al contrario, ciertas casas estaban tan llenas de niños que parecía que había fiesta todos los días. Se dice de una de las madres que les decía a sus hijos que sus primeros parientes eran sus vecinos, y otro testimonio dice que había mucha unión familiar aunque no sea entre familias. En otras palabras, dejar fotografiar la casa es dejar capturar en imágenes lo que es de muchos, una herencia, una tradición que está viva. Si admitimos que no es falso que quienes están en *ARRAIGO* sean sus casas eso no significa que sean dos: soy yo y mi casa, sino muchos (yo, mis hermanos, mis juegos de antaño, mis hijos, mis amigos de antaño, esta virgen, esta fotografía de los abuelos, estos mismos abuelos de los que todavía hablamos).



Retrato de Ariel, 72 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*

ARRAIGO es una composición conjunta, es fruto de una complicidad de la que la fotógrafa y los dueños de las casas tienen el secreto. Al dejar ver su casa al enseñar su casa, al presentarle su casa a Bénédicte, el habitante no sólo deja ver y se deja ver sino que más fundamentalmente revela de manera fragmentaria una historia: la de sus raíces. Y lo hace erguido y con orgullo. Esta es mi casa. Soy mi casa pero mi casa es más que yo mismo. Mi casa son mis raíces, es aquello en las que crecí, en las que estoy parado, donde respiro, donde vivo. Aquí me siento bien, dice una, me siento seguro, dice otro. Aquí nací dice un tercero. Aquí quiero morirme, dice alguien más. Sí, soy mi casa. "Si yo pudiera quedarme después de muerta, me quedaría aquí. Lo he pensado y lo he dicho, que me cremen y me esparzan por el rumbo porque toda mi vida he vivido acá. Es un sentir. Sé que no puede ser porque está prohibido, pero sé que me voy a quedar en el recuerdo de los que me conocieron."

"Si yo pudiera quedarme después de muerta, me quedaría aquí. Lo he pensado y lo he dicho, que me cremen y me esparzan por el rumbo porque toda mi vida he vivido acá. Es un sentir. Sé que no puede ser porque está prohibido, pero sé que me voy a quedar en el recuerdo de los que me conocieron."

¿Qué es lo que estas imágenes nos muestran?

Hemos mencionado la palabra retrato y sabemos que en la historia del arte el retrato formaba parte de los géneros clásicos que desde hace tiempo fueron tergiversados, transformados, intervenidos, por otras prácticas. El género del retrato tendrá todavía una larga vida en las prácticas cotidianas y no hay razones para descartar que algo de retrato tienen las fotografías donde aparecen los dueños y las dueñas sentadas o paradas en sus espacios de vida cotidiana. Pero una mirada atenta muestra que hubo un cuidado muy probablemente compartido por la fotógrafa y quienes ella tiene bajo su lente por no opacar lo que rodea el cuerpo del amo o del ama de la casa, por no reducirlo a un fondo cuyo papel sería resaltar al rostro o bien al cuerpo humano. De ahí mi insistencia en la idea **deíctica** del habitante que presenta, indica, **muestra** a sus muros y a los objetos que esos muros abriga. Al no hacer especial énfasis en el individuo que presenta su casa, la fotógrafa logra un efecto de casi **continuidad icónica**, por decirlo así, entre seres humanos y objetos. Logra así evidenciar cuán cerca están personas vivas y objetos.

No sé si antes de declararse listo o lista para las fotografías, las personas que viven en la casa hayan hecho una **curaduría** previa de los objetos, esto es, una selección o una organización, quizá un simple desplazamiento de unos objetos a favor de otros, -me dicen que no- pero lo que sí salta a la vista es que Bénédicte, ella sí, mediante **curadurías sucesivas** llevó a cabo una acuciosa investigación de la profusión de material icónico que tuvo ante los ojos, seguida por varias selecciones y organizaciones de estos objetos anclados en varios estratos temporales con importantes intersecciones: las etapas de la vida del dueño, las de sus padres, las de los abuelos: es un espacio tejido por muchas historias, varias de ellas olvidadas o subsistiendo bajo la forma de un objeto, de una fotografía, de un muro elevado por el abuelo para separar un espacio grande, de una telaraña que una escoba de tamaño normal no alcanza, pero sí una cámara... Estos fragmentos se entrelazan

Bénédicte logra tornar visible lo que en parte es invisible, esto es, la memoria viva, el tiempo vivido que no cesa de latir en estos espacios.

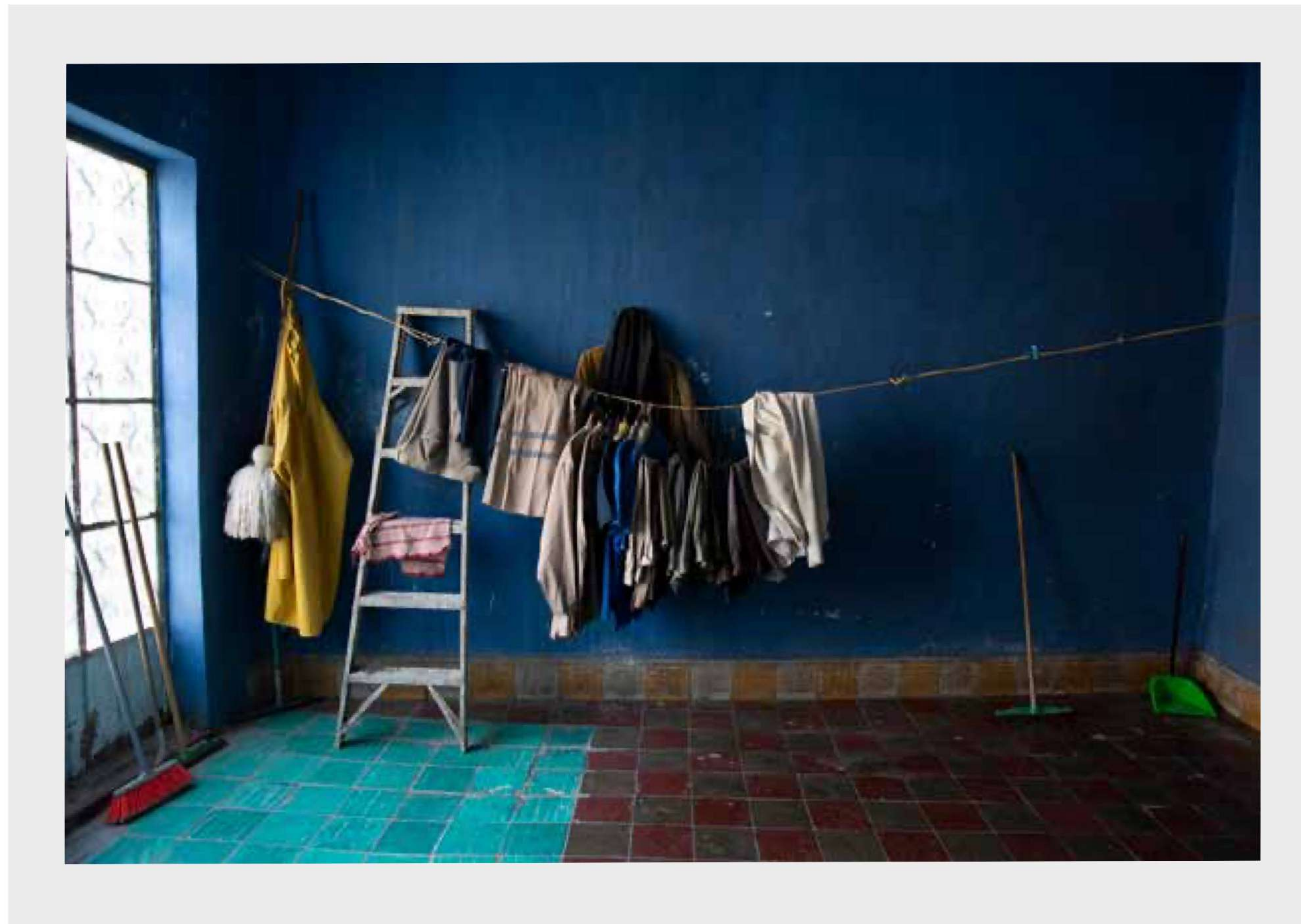
y hacen convivir los retratos familiares con las imágenes sagradas, la virgen de cerámica con la pintura de óleo, o bien las culturas cuando el origen de un dueño es a la vez oriental y yucateco. Otros espacios combinan menos los estilos, están más preservados y unificados, menos tocados. Ahí el tiempo es más pátina que combinación heterogénea y diacrónica. Béné hace un uso profuso del potencial tridimensional de los espejos, pone a dialogar a una pieza de cerámica con un lienzo de épocas diferentes, echa mano de la energía penetrante de un color o de una asociación de colores, alterna las imágenes repletas de objetos con espacios casi vacíos.

Explora: las grietas, lo pequeño y lo grande, el conjunto y el detalle, la luz y la sombra, el color y el *vis à vis* de los objetos, los cables al desnudo y las sombras de los mismos, los rincones que a veces parecen bodegones. Su proceder hace que la VIDA entre a raudales en cada hoja de los resultados que nos ofrece en su curaduría final. Y ese concepto de tiempo lineal que teníamos al principio, un antes y un después claramente distinguibles entre sí, no desaparece sino que se arroja en un tiempo vivido subyacente que adopta varias figuras: la recámara de la difunta madre conservada tal cual era el día de su muerte (¿instante petrificado o espera latente?), los altares que indican calendarios religiosos todavía celebrados (franjitas del año), la mención de una hija prematuramente muerta tras haber nacido en la casa (ciclo cerrado antes de tiempo), navidades que se suceden (ritmo regular), ciclos iniciados en casa y continuados fuera de órbita, (hijas, nietos, hermano o familias amigas que se fueron a vivir al norte) instantes y recuerdos evocados, esperas y reflejos, sucesiones invertidas,

y hasta la aparición súbita de un caballo vivo. Al multiplicar y combinar las curadurías mediante tomas, selecciones, combinaciones, ediciones, Bénédicte logra tornar visible lo que en parte es invisible, esto es, la memoria viva, el tiempo vivido que no cesa de latir en estos espacios. Déjenme procurar precisar algo con respecto al tiempo: una simple concepción de tiempo lineal donde habría un pasado irremediabilmente perdido y un presente frágil, podría darnos una visión absolutamente tétrica del mundo al que nos abre Bénédicte Desrus: según esta visión simplificada nos abriría las puertas de unas casas a punto de colapsar y nos mostraría en su mayoría a gente grande que envejece en y junto con sus casas esto es una suerte de deterioración simultánea o casi. Sería como si nuestra fotografía hiciera un álbum de recuerdos de un mundo a punto de desaparecer, una visión apocalíptica del centro de Mérida. Hace todo lo contrario. Bénédicte tuvo el deseo de penetrar un mundo que pocos conocen de verdad, pero es un mundo hermoso al que ella quería dar algo dejándonos también a nosotros seamos yucatecos o no algo que nos enriquezca. Y lo logró. Lo logró porque en esos habitantes, en esos vecinos arraigados en el centro de la ciudad se reactiva públicamente la posibilidad de reclamar el conocimiento pasado y de mostrarlo enlazado al de hoy y al que viene, de una manera alegre que no excluye un dejo de nostalgia. Y eso Bénédicte lo hace de una manera original, valorando así artísticamente no sólo el legado sino también la actualidad de sus vidas y relacionándola con la de otros. “La casa tiene muchos recuerdos”-dice un hombre de 60 años-, “está viva y muy iluminada. La casa está viva, no está abandonada, soy yo quien la ilumina.”



He de confesar que este libro constantemente me ha regresado a mi propia casa, a sus pisos hermosos de mosaico de pasta, a su mampostería fresca, a esa casa que habitamos desde hace más de 20 años, esa casa que me ha visto volverme madre, donde me hicieron viuda, en esa casa de la calle 80 donde he visto ya a tanta gente fallecer y donde también les digo a mis vecinos yucatecos: “¡no se vayan, por favor!”. Esa casa me ha permitido sobrellevar un clima que no me gusta y me ha procurado no sólo un sentimiento de seguridad y de bienestar sino que también ha sido y sigue siendo para mí una fuente de goce estético. La hemos conservado como estaba e inclusive hemos hecho



Casa de Dulce María, 72 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro ARRAIGO

desaparecer mucho de lo que había sido retocado. Los muebles auténticamente yucatecos nos han sido regalados por amigos preocupados de ver a las pertenencias de sus propios abuelos abandonadas en la parte trasera de su casa. ¿Quién los querrá, los reparará y todavía nos invitará a venir a disfrutarlos? Se preguntaron Sandra y Miguel Ángel. Y sin llamarnos por teléfono, llegaron con las mecedoras de sus abuelos, quienes ahora conviven con el reloj de mármol de mis propios abuelos traído desde el otro lado del Atlántico por mi hermano Pierre.

Un día entró un joven de esta tierra a la casa, miró la sala con detenimiento y dijo: “Ustedes viven en el pasado”. Lo dijo sin burlarnos, con toda seriedad. Tenía razón. Y es que ese pasado me gusta. Y cuando digo este pasado si lo pienso bien, he de reconocer que insensiblemente, conforme pasa el tiempo, ese pasado se está volviendo....¡mi propio pasado! Y puesto que el conocimiento del pasado puede ser también de nueva formación, o sea no ser recuerdo, agradezco a Bénédicte Desrus y a mis vecinos del centro de Mérida el haberme dado a conocer un poco mejor a mi propio pasado.

Bibliografía.

Desrus, Bénédicte.

2025. ARRAIGO. México: impreso en México.

Exposición fotográfica

Las siguientes imágenes forman parte del libro

ARRAIGO

de © Bénédicte Desrus



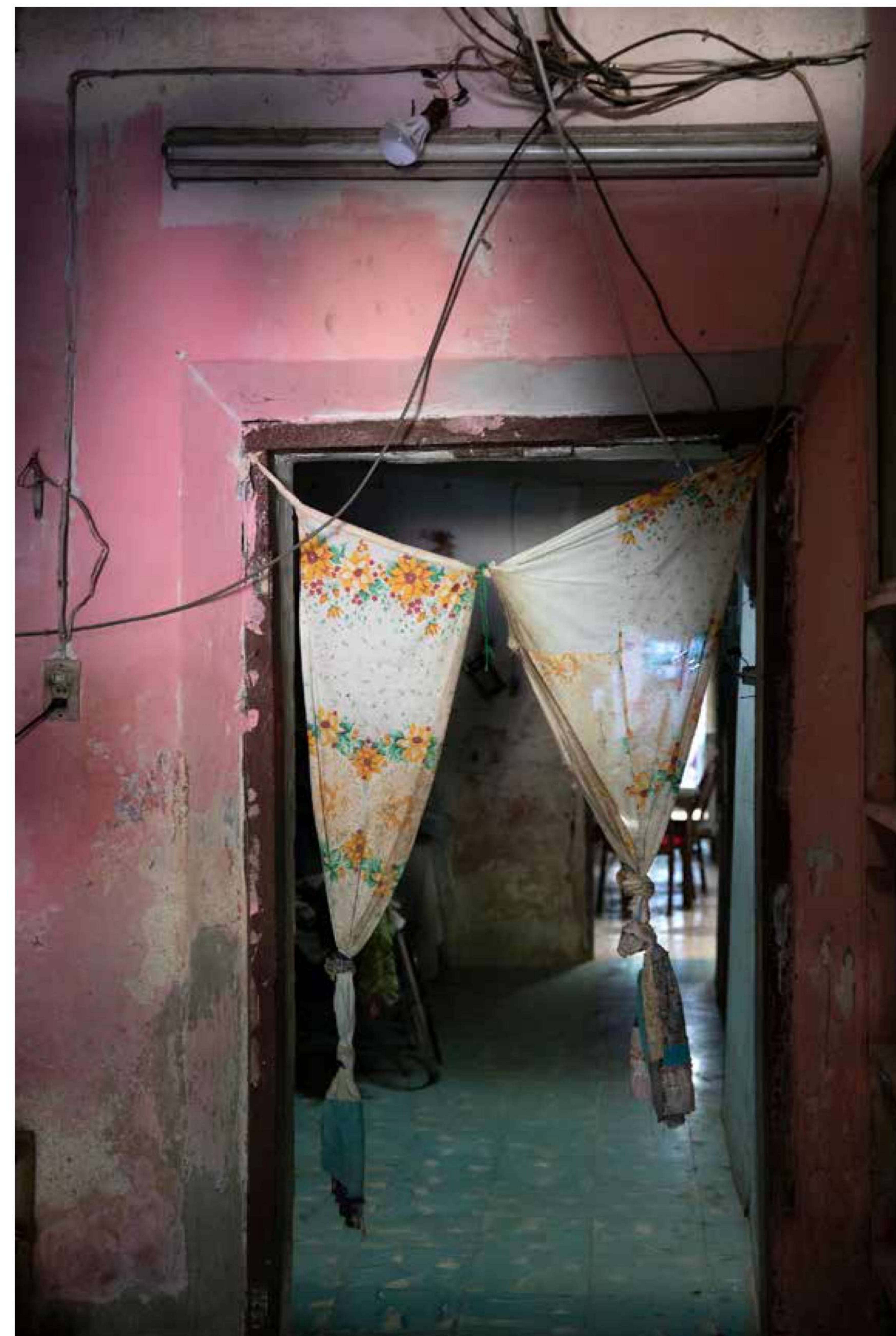
Fotografías antiguas de familiares en Casa de Mary Carmen, 72 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Cuarto de Mary Carmen, 72 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Retrato de Belia Maria, 57 años con su madre Aida María, 80 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Casa de Aida María, 80 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Casa de Eduardo Renan
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Retrato de Eduardo Renan
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Retrato de Carlos, 70 años
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*



Consola y retrato de Judith Pérez Romero, fundadora de la agrupación Las Maya Internacional en Casa de Josefina.
Fotografía: © Bénédicte Desrus / Libro *ARRAIGO*

Para adquirir el libro *ARRAIGO* de Bénédicte Desrus, pueden contactar directamente a la autora a bdesrus@gmail.com o al whatsapp +52 5567428696

<https://www.libroarraigo.com/>

https://www.instagram.com/libro_arraigo/